

Cruceiros en Uruguay

Cuando pienso en un símbolo que identifique y, por tanto, unifique a nuestro colectivo donde quiera se halle, son varios que acuden a mi mente, en tropel, a competir por el preciado lugar.

Y aún a riesgo de cometer una torpeza y por ende una injusticia, dados mis escasos conocimientos del tema, me atreveré a mencionar algunos insoslayables, por su preponderancia, sin que el orden del enunciado implique supremacía.

La bandera azul y blanca, nuestro himno, Santiago Apóstol y su Camino y Catedral, la recién distinguida, justicieramente, Torre de Hércules, los Hórreos de Carnota, El castro de Santa Tecla, las figuras del razonar, actuar y sentir gallego, con Rosalía en el centro, rodeada de una corte de lo más encumbrado de nuestro ser nacional a través de los siglos, desde semidioses como Breogán hasta don Valle Inclán o Pondal, son sólo algunos de los posibles.

Tantos son, los señeros emblemas que pudieran postularse a representarnos. Y todos ellos tienen mérito más que suficiente para serlo.

A pesar de ello, se me antoja que uno, totalmente inanimado, y que, sin embargo, cuando lo miras (o te mira) te da noción inequívoca de suelo, de lar, de clan, de "chan", en fin de "pertenencia a", es el símbolo por antonomasia.

Se trata de nuestro ancestral cruceiro.

Mudo y frío testigo del paso de las alegrías y calamidades de todo un pueblo complejo y compuesto por sangres que enriquecieron su ser, hasta convertirlo en lo que somos: orgullosamente gallegos, depositarios de las virtudes y defectos de quienes nos dieron y formaron esto que a falta de mejor definición, hemos dado en llamar galleguidad.

Condición ésta que amalgama la sumatoria de virtudes y defectos que definen nuestro ser nacional, con los caracteres aportados por la genética de las etnias, pueblos y civilizaciones, todas ellas con un sentido trágico de la vida, con dioses y duendes de oscuros designios, hasta en los festejos lúdicos.

Todo ello conformó nuestro carácter luchador, honrado y melancólico, cuya más fiel expresión es la denominada "morriña", algo que suena así como pequeña muerte o "muertecita".

Decía, pues, que se me antoja el cruceiro, por su simbiosis de culturas forjadoras de nuestro ser nacional, como su más fiel representante.

Tengamos muy presente, que muchos de los primitivos cruceiros fueron erigidos sobre piedras dólmenes y menhires, labradas por los antiguos celtas como altar de ofrendas a sus dioses, o instalados como hitos de señalización religiosa y geográfica de sus dominios. (En algunas zonas de la lejana Irlanda aún es dable ver ese tipo de altares).

Ya avanzada la romanización de la Celtia, los cruceiros tuvieron su propio pedestal cristiano, pero en la memoria colectiva se mantuvo, ocultamente, el recuerdo de los antiguos dioses y otros seres más o menos mitológicos, como, por ejemplos las "meigas".

– Habélas háinas- , reza la tradición popular.

Pues bien.

En Uruguay podemos "presumir" (a pesar de no usarse, corrientemente, este castizo término aquí) de tener un total de cuatro auténticos cruceiros gallegos en toda la geografía nacional.

Tres de ellos, traídos en épocas pretéritas por gallegos que pudieron darse el lujo de transportar, desde su añorado rincón, ese monumento que lo vieron nacer y les recordaba sus aldeas y sus familias.

El cuarto, un recién nacido, hecho con la misma carne de sus hermanos centenarios, es el único destinado a cumplir su mayoría de edad en América, aún no cumplió los diez años.

Tallado, recientemente, en gallega piedra por gallegas manos, llegó a Uruguay, reclamado por gallegos como un preciado talismán, a presidir el frente de la casa de la sociedad gallega de Hijos del Puerto del Son, en las estribaciones del cerro de Montevideo.

A los tres viejos, los imagino cargados de historias y vivencias que se perdieron para siempre en la oscuridad de su origen, tal vez, célticocristiano.

¿Cuántos encuentros y desencuentros, muertes, celebraciones, promesas, traiciones, lamentos, plegarias, martirios habrán presenciado desde su longeva inmovilidad?

De su pasado en su otra "vida" galaica nada sé.

Uno de los tres ancianos de piedra se halla orlando la serena y solemne parquedad de la muerte, en el Cementerio Central de Montevideo.

Único ornato existente, donado por el gallego vecino de Montevideo , Luis Fernández, cuando el camposanto se construyó en los ejidos de la creciente ciudad (hoy calles Ejido y Gonzalo Ramírez) en 1835, para reemplazar al viejo , construido en 1808, y a esas alturas con su capacidad totalmente colmada .

En el Montevideo colonial , al igual que en otras ciudades del imperio español, se acostumbraba enterrar en el interior de sus dos Iglesias, la Matriz y el convento de San Francisco, hasta que fue necesario ocupar los terrenos linderos.

Recién en los primeros años del siglo XIX, como un presagio de las guerras que se cernían sobre las colonias, a impulsos de las invasiones napoleónicas a España, sumado al feroz acoso de los británicos, se decide la construcción del más tarde llamado Cementerio Viejo, en extramuros de la amurallada ciudad, en la zona de las actuales calles Andes y Durazno.

El segundo de ellos, y único fuera de Montevideo, está en una zona rural de su vecino departamento de Canelones.

Pero el tercero y último, se lleva las palmas por su significación histórica en tierras uruguayas.

Está considerado el primero en llegar e instalarse en Montevideo ,en 1800, en una zona de extramuros, el Cordón , alejada unos dos kilómetros de la muralla, desde la cual se llegaba en línea recta por el entonces llamado Camino de la Aldea, un pésimo camino trazado sobre una larga giba de poca altura , de las que son típicas y abundantes en la orografía uruguaya y reciben el nombre de cuchillas, en este caso la llamada Cuchilla Grande , que corta a Montevideo y se interna en departamentos vecinos.

Hoy, ese pedregoso camino, es nuestra 18 de julio, nada menos...

El cruceiro de marras, instalado por sus dueños, los hermanos Fernández en sus propios terrenos, para devoción de los viandantes, era conocido por todos los montevidianos como el Cristo del Cordón o del Cardal, dada la proliferación de dicha planta en el predio, destinado a plantío de maíz y asiento, hoy día, del monumental edificio de la Universidad de la República.

Nuestro cruceiro estaba implantado, aproximadamente, donde se encuentra emplazada, hoy, la estatua a Dante Alighieri, en 18 de Julio y Tristán Narvaja.

En 1807, los invasores ingleses, habiendo sido expulsados de Buenos Aires por esta ciudad con ayuda de su hermana menor, Montevideo, asaltan, a sangre y fuego a ésta última...

Desembarcaron con una fuerza de 6.000 hombres en la playa llamada del Buceo, avanzaron por unos ocho kilómetros de arenales y piedra, alejándose de la costa del Río Grande Como Mar, hasta la poco elevada planicie de la Cuchilla Grande y se trabaron en feroz y desigual combate, en el Maizal del Cristo, con los escasos pero heroicos montevidianos, que, a pesar del arrojo demostrado, no pudieron contrarrestar las fuerzas superiores en número y armamento.

Esa fue la que pasó a nuestra historia con el nombre de Batalla del Cardal.

Testigo mudo y tinto en sangre de los dos bandos, nuestro cruceiro gallego.

En ella se batió, como el recio soldado que era, nada menos que el oficial Ayudante Mayor de Blandengues ,nuestro padre Artigas, al igual que en Buenos Aires el año anterior , contra el mismo enemigo, que, ahora, lo tomó prisionero.

Luego de la batalla, al pie de nuestro cruceiro, se contabilizó la masacre del combate.

La ciudad, tras un asedio de 15 días por tierra y mar, cayó en poder de los ingleses, que superaban a los montevidianos en proporción de tres a uno...

Pasando los años, al ampliarse y pavimentarse el antiguo Camino de la Aldea, se trasladó el "Cristo del Cardal "a su actual emplazamiento: la hornacina derecha del frontispicio de la, entonces recién construida, Iglesia del Cordón, en nuestra Avenida Principal: 18 de Julio

Hoy se encuentra expuesta a la devoción de los fieles, tras una mampara de vidrio y una artística reja forjada.

El Patronato da Cultura Galega de Montevideo estampó, en la base externa de la hornacina, una leyenda en bronce que habla de su origen.

J. Javier García